

EL PADRE BLAS BERAZA S. I.

A las siete y cuarto de la tarde del 25 de enero de 1936, moría en el destierro del castillo de Marneffe (Bélgica), el P. Blas Beraza, a los 73 años de edad, y 55 de vida religiosa en la Compañía de Jesús.

Precisamente para ese tiempo, me traía desde el Extremo Oriente la suave Providencia divina, para que pudiera contemplar los restos mortales de mi antiguo profesor. *Blasi, in pace vivas!*, me atreví a murmurar ante aquel rostro apacible, que parecía abismado en la contemplación del Cristo que estrechaba entre sus manos. Esta evocación catacumbal de la fe viva y radiante de la primitiva Iglesia, conservaba su doble originario significado en las actuales circunstancias: se trataba de un hombre de fe viva, fomentada con amor en el santuario de su alma grande; se trataba de un hombre a quien olas revolucionarias habían arrojado, en el ocaso de su vida, a playas extrañas, por fortuna hospitalarias... *Blasi, in pace vivas!* Sí, la paz del Señor se reflejaba aún en aquel rostro plácido y sereno: la paz con que siempre había vivido; la paz con que los últimos años había sufrido una larga enfermedad, sin otro deseo que el de que se cumpliera en él la voluntad divina; la paz con que había expirado, después de agotar, con santa codicia y a petición suya, todos los auxilios de nuestra santa Madre la Iglesia católica, como quien sabía apreciar perfectamente los quilates de la *gracia divina* y los tesoros del *orden sobrenatural*; la paz del que fielmente había cumplido su oficio de *ilustrar el mundo*. Porque su vida entera estuvo consagrada a este oficio, en su doble aspecto de profesor y autor.

El profesor. Terminados sus estudios eclesiásticos, en peligro estuvo el P. Beraza de entregarse a la predicación, pues los Superiores descubrieron en él nada vulgares cualidades oratorias; pero esas cualidades cedieron su puesto a otras mayores, y vino a orientarse hacia lo que fué su verdadera vocación, el profesorado de la Sagrada Teología.

Ni la carrera del magisterio, con que entró en la Compañía, ni sus dotes de orador, le habían de perjudicar en su nuevo destino. Desde 1898 hasta 1904, desempeñó la cátedra de dogma en la Universidad Pontificia de S. Jerónimo de Burgos, y desde 1904 hasta 1930, explicó la Teología escolástica en el Colegio Máximo de Oña de la Compañía de Jesús. En su largo profesorado, supo hacerse amar de sus discípulos por su carácter bondadoso, *paternal* en sus últimos años, supo hacerse admirar por sus excepcionales cualidades pedagógicas.

Con la serena majestad de quien domina la materia y los oyentes, iba desgranando desde lo alto de su cátedra la más sana doctrina teológica. Cierta brillantez de exposición y una fluidez y facundia serena, como río caudaloso, que corre por dilatado cauce de bien tajadas riberas, hacían atrayentes sus explicaciones escolares. En la forma se delataba, sin querer, el presunto orador de la juventud.

El P. Beraza preparaba con esmero sus clases, hasta en los últimos detalles: precisión y circunscripción de materias por sus definiciones y por la exposición nítida del estado de la cuestión; nobleza en exponer sin tergiversaciones las sentencias de sus adversarios, digo mal, de los adversarios de la Iglesia; abundancia y solidez en las pruebas, tanto escriturarias como patrísticas y de tradición; delicadeza y finura en soltar las dificultades del adversario, o en responder a las objeciones de sus discípulos, pues ni en medio de una candente disputa perdía su habitual calma e imperturbabilidad, ni había que temer una frase mordaz que zahiriese al adversario, o una frase despectiva que hiriese al discípulo; en todo ello, *orden, método y claridad*, rayana en clarividencia, que provenía del dominio de la materia y de la familiaridad de la literatura sobre la cuestión; todas estas cualidades revelaron siempre en el P. Beraza a un *pedagogo de altura*.

En su doctrina, el P. Beraza, fué siempre un *tradicional* incorregible, en el recto y moderado sentido de la palabra: sano y asegurado por sus preferencias de escuela, rectísimo y seguro en sus juicios, que no por ser tradicional desprecia o desconoce las adquisiciones modernas.

Tal vez por eso mismo nunca fué un *iniciador*, ni menos un aventurero de la idea que anduviese a caza de peligrosas doctrinas o inconsistentes sistemas. Se limitó a cumplir fielmente con su oficio de *vaciar* en las almas juveniles de sus discípulos los tesoros inexhaus-

tos de la *tradición*, de una doctrina segura, católica, apostólica, romana.

Los discípulos, que han bebido de ese manantial puro, forman legión, y en América, Asia, Europa y aun Oceanía, presiden Universidades, regentan cátedras, o apacientan las almas con una sólida doctrina en las revistas, desde los púlpitos, en los confesonarios, y hasta en pláticas y catecismos, que en lejanas tierras dirigen a rudos neófitos o paganos de todas suertes, desde el esquimal, malgache o malayo, hasta el japonés y chino. Un ejemplo. Estamos en el colegio de Marneffe, a donde por nequicia de los tiempos se trasladó el Colegio Máximo de Oña. Vamos camino del cementerio con los restos mortales de nuestro P. Beraza: desde el R. P. Provincial de Castilla, que conduce el cortejo, hasta el claustro de profesores con su Rector a la cabeza, que presiden el duelo, todos han sido discípulos, que acompañan a su última morada a su llorado profesor.

“Si se nos preguntara, escribía en 1922 el P. Elorriaga, si se nos preguntara cuáles son las prendas que constituyen como el carácter y distintivo personal del autor, no vacilaríamos en responder que, a nuestro humilde sentir, el distintivo del P. Beraza es el del profesor de Teología, que sabe comunicar a los discípulos de nuestros días los hondos, inexhaustos caudales de la antigua escolástica; pero purificados por la crítica contemporánea, acrecentados con la erudición de la moderna y encauzados a desbaratar la fábrica, no sólo de los antiguos, sino aun de los modernos errores” (1).

Las dotes didascálicas brillaron siempre en sus clases, como brillan en sus libros.

El autor. Dejando publicaciones de menor cuantía, cuatro son los gruesos volúmenes en 8.º mayor, que le han conquistado un puesto de honor entre los teólogos modernos: De Gratia Christi, Bilbao 1916; De Deo Creante, Bilbao 1921; De Deo Elevante—De peccato originali—De Novissimis, Bilbao 1924; De Virtutibus infusis, Bilbao 1929. A estos hay que añadir una segunda edición del primero, hecha en Bilbao en 1929.

La sola vista de estos cuatro gruesos volúmenes, que llevan el encabezamiento de “Cursus theologicus Oniensis”, nos da la sensación de que no estamos en presencia de uno de tantos Manuales teológicos; la imaginación vuela hacia nuestros grandes autores del si-

(1) Razón y Fe, enero-abril 1932 p. 243.

glo de oro. Esta impresión primera no queda defraudada con el manejo y el estudio íntimo de los libros del P. Beraza, ni por su esmerada presentación tipográfica, ni por su extensión material, ni mucho menos por la solidez del fondo y amplitud de las materias que trata.

Sin entrar en un estudio detallado del fondo riquísimo que atesoran estos cuatro volúmenes, permítasenos echar sobre ellos una ligerísima mirada.

El primer volumen, intitulado "De Gratia Christi", mereció los más entusiastas elogios de los profesionales. Diríase que sorprendió al público: los demás volúmenes, aunque en nada desmerecieron, y en algo superaron al primero, encontraron al público más acostumbrado.

De este primer volumen, escribía el P. Stuffer que era *una valiosa adquisición de nuestra literatura teológica*. Después de haber hecho resaltar el docto profesor de Innsbruck la importancia de estas cuestiones de gracia, sobre todo después del Tridentino, enumera varios recientes tratados sobre la gracia, y se pregunta: ¿el tratado del P. Beraza es, pues, superfluo? Nada de eso: "En realidad, el autor nos ofrece en su detallada obra mucho de nuevo, que en otros libros de texto no se encuentra. Por eso este libro es una valiosa adquisición de nuestra literatura teológica" (2).

En este volumen nos atreveríamos a señalar, con preferencia: el capítulo "De necessitate gratiae actualis"; la delicada y debatida cuestión de la gracia eficaz, tan fielmente expuesta con el apéndice sobre la distinción entre molinismo y congruismo; el capítulo II de la tercera parte, sobre los efectos formales de la gracia santificante...

Pero en estas materias, el teólogo corre y se desenvuelve dentro de su campo, en una órbita completamente teologal.

No así en el segundo volumen "De Deo Creante", donde el autor tiene que abordar problemas, que se rozan con otras ramas del saber humano. Pues bien, aun en este punto, nadie osaría prometerse tanto como nos da el P. Beraza. Aquí, el autor, ha hecho un alarde de bibliografía, no sólo escriturística, patrística y teológica, sino también de literatura moderna francesa, inglesa, alemana...: "profert de thesauro suo nova et vetera", en frase de Stuffer. El fondo no raya a menos altura: prueba de ello sea la discusión que en la primera parte hace de las diversas interpretaciones del Hexaameron bíblico,

(2) Zeitschrift für die kanth. Theologie, 1917 p. 341.

desde el extremo mítico y alegórico, hasta el extremo del rigorismo literal, hebdomadario. Más conocimiento aún de la literatura científica aneja, muestra en la tercera parte, donde dedica buena porción de ella a puntos vitales, tan controvertidos como maltratados en el campo de la ciencia, *del origen del hombre*: unidad de la familia humana, su origen inmediato de Dios, así en cuanto *al cuerpo*, como en cuanto al alma, antigüedad del linaje humano. Recomendamos esta parte a los sabios seculares, que se ocupan de estas cuestiones trascendentales, pues en el P. Beraza hallarán orientaciones que no les es lícito ignorar, y aun literatura que consultar.

“El presente tratado, dice el P. Stuffer, no sólo iguala al pasado, sino que le supera en mérito: efectivamente, se trata de una obra maestra, que oscurece a todas las otras, así antiguas como modernas, que tratan el mismo asunto y reúne en sí las ventajas que a una obra dogmática pueden adornar. La presentación se distingue por una insuperable claridad. Las pruebas de la Sagrada Escritura, y sobre todo de la tradición, son de toda solidez (3).

El volumen tercero comprende los tratados “De Deo Elevante-De peccato originali-De Novissimis”. La pericia del gran escolástico se echa de ver en la anatomía que hace del *ser sobrenatural*, y tal vez mayor en el examen a que somete al pecado original, para sorprender su esencia. Ni pasa por alta, o a la ligera, las cuestiones candentes, de actualidad y aplicación práctica: ejemplo sea la parte considerable que dedica en el tercer tratado a la cuestión del infierno.

Del cuarto volumen, “De Virtutibus infusis”, decía el P. Goyena: “No hay ciertamente cuestión de algún momento, que no la discuta. Y trata las cuestiones con método, selección, armónico enlace y, sobre todo, con claridad meridiana. En otras dotes puede ser que le aventajen otros autores; en ésta, a nuestro juicio, apenas encuentra rivales, señal indudable del dominio y señorío que posee sobre los puntos que dilucida. Los temas más abstrusos y difíciles, como los que pertenecen a la constitución del objeto formal de la fe, al análisis del acto de ésta, a su libertad, al juicio de credibilidad, a la fe necesaria para la justificación..., los hace diáfanos y transparentes” (4).

Precisamente, para poder dilucidar puntos tan difíciles y delicados

(3) Zeitschrift für die kath. Theologie, 1921 p. 583.

(4) Razón y Fe, 1929, 86, p. 473.

dos, y por la importancia misma de la materia en apologética y teología, el autor ha concedido a las cuestiones de la fe casi 300 páginas, de las 777 de todo el volumen.

En la obra de conjunto del P. Beraza, tal vez falte algo de *individual, de personal*, el llegar con esfuerzo propio hasta las mismas entrañas de la materia, como lo hacían nuestros clásicos; pues más bien trata de darnos clara, metódica, *pedagógicamente*, cuanto sobre la materia se ha dicho. En cambio, les supera en el aparato exterior científico de bibliografías abundantes, que ya preceden, ya acompañan en profusa copia al mismo texto. Con lo cual, en expresión de Stuffer (5), como señala con el dedo no sólo al discípulo, sino también al maestro, las fuentes a donde ha de acudir para profundizar en la materia. Los índices de materias, que van al final de cada volumen, permiten buscar rápidamente lo que uno desea.

En la recensión del tratado "De Gratia", exhorta el P. Gabriel Huarte al autor con estas palabras: "Prosiga el doctísimo autor, prosigan también los demás excelentes profesores del Colegio Máximo de Oña, de quienes la nación ya ha tiempo espera completen su Curso de teología dogmática y escolástica: curso que ciertamente a ninguno cederá la palma, si como con toda seguridad nos es dado esperar, alcanza el grado de perfección que en los volúmenes hasta el presente editados, con gozo contemplan los sabios" (6).

Este es, precisamente, a mi modesto juicio, el puesto que corresponde al P. Beraza en el mundo de los sabios: los cuatro volúmenes por él editados, que abarcan la mitad de la Sagrada Teología, *sobrepasan con mucho la talla de los ordinarios cursos teológicos, que estamos acostumbrados a manejar.*

Su puesto está entre éstos y los grandes autores del tiempo pasado.

Francisco Javier Montalbán. S. J.

Marneffe (Bélgica)

(5) Zeitschrift für die kath. Theologie, 1917 p. 342.

(6) Gregorianum, 1921 p. 310.